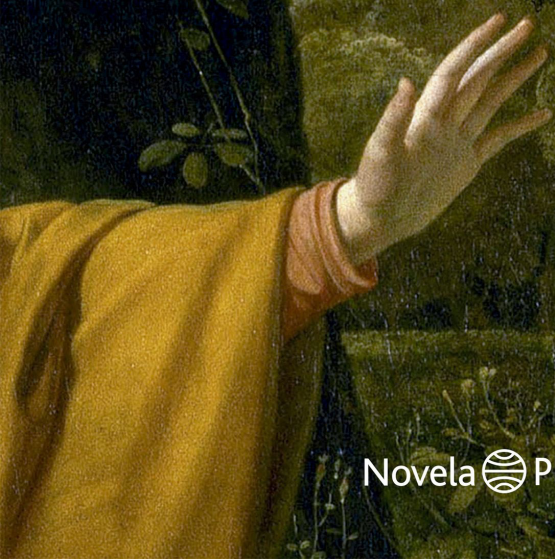


RICARDO LESSER

NO ME TOQUES



Novela  Planeta

RICARDO LESSER

**NO ME
TOQUES**

Novela  Planeta

Siente las palpitaciones en el pecho. Es el mismo sonido de cuando ausculta el corazón de un paciente. Tucutún. . . tucutún. Como latidos precipitados. Tucutún. . . tucutún.

El ruido del miedo.

Se sonríe.

—¡Manía de médico! —piensa Marco, que aún no es formalmente un médico.

El latido del corazón se confunde con el trotar del caballo. Los cascos chapotean en los charcos de las calles, que no parecen haber olvidado las lluvias de las últimas semanas. Nubes de mosquitos zumban sobre el agua estancada.

De vez en cuando, el chasquido del látigo apura el trote. Tucutún. . . tucutún. . . tucutún.

Y sí, algo de miedo tiene. Es la primera vez que va a los conventillos de San Telmo. Allí, en ese suburbio encajonado entre el río y el arroyo, vive la Muerte.

En el barrio hay un brote de fiebre amarilla. Con todas las letras. Pese a que el diario *La República* lo niegue.

Marco vive en una pensión de Monserrat, en el borde mismo de la ciudad. Las vecindades están llenas de casas de inquilinos. Sirvientas, planchadoras, peones, albañiles, pintores de brocha gorda. Muchos italianos, unos cuantos españoles, algunos argentinos.

Viven hasta ocho en una pieza; familias enteras en cuartos de cuatro por cuatro. No pocos acaban de llegar. Todavía no han encontrado ni siquiera una changa regular, de modo que algunos duermen en salas comunes en las que se amontonan a veces ochenta camas. Pagan por dormir seis horas. En la cama caliente que deja uno se acuesta el siguiente. . .

De ese vaho a sudor encerrado, del hedor de las letrinas y la basura fermentada no puede sino manar la peste. Un médico que entre a esas casas enfermas es más valiente que el soldado que se lanza al campo de batalla. Los médicos lo saben.

Por eso son tan pocos los médicos que se atreven. Hay que recurrir a los practicantes, a los mediquitos en ciernes. En esa avanzada que atraviesa la ciudad infectada el único diplomado es Eduardo Wilde. Parides Pietranera, que viaja a su lado, es estudiante de sexto año de Medicina. Y Marco Piro que, con sus pocos veinte años, fue elegido como practicante por sus notas sobresalientes y por su enorme habilidad en las prácticas de cirugía.

Ahí van los tres en coche como quien va a cumplir su destino.

Intuyen que la Bestia recién está empezando a des-
perezarse. Ya atacará, invisible, silenciosa. Saben que
solo podrán diagnosticarla cuando ya sea tarde.

No por nada ninguno de los tres abre la boca. El
carruaje recorre las calles encharcadas de la ciudad.
Hace el calor húmedo y salvaje del verano porte-
ño. Cuesta respirar, como si el aire fuera espeso. Y el
miedo.

Hace apenas un año que se recibió de médico. Los pacientes vacilan cuando lo ven tan joven. Su flamante consultorio todavía huele a la cal con que pintó sus paredes, un olor que no logran tapar los tufos de comida agria que vienen de la fonda vasca que está en la misma cuadra.

Pese a sus apenas veintiséis años, Eduardo Wilde es el jefe tácito de esa patrulla infernal. Antes de salir, les echó una arenga a sus practicantes. Estaba inusualmente serio.

—En las pandemias siempre pasa lo mismo. La reacción inicial es negarlas. Cuando empiezan las muertes —y están empezando, créanme— las buenas conciencias tratan de averiguar qué es lo que las mata, de dónde viene exactamente el peligro. Lo primero que piensan es que la peste viene de afuera; siempre viene de afuera.

Cuando no hace tanto, el cólera devastó la ciudad, se vendían «licores anticoléricos» y «espíritu anticolérico» para frotar el cuerpo; no faltaban los «preservativos para el cólera». Esas tonterías eran una señal de que

la medicina no tenía nada que decir ante ese maligno invisible y, por ende, inatacable.

—Como no tenemos nada que decirles, la gente busca alguien a quien echarle la culpa —continuó Eduardo—. Conjeturan que alguien, en la noche, esparce un líquido infectado en los picaportes. O que alguna minoría porta la peste. Identifican chivos expiatorios. Como los inmigrantes, que prejuizan sucios, inmorales. Entonces los cercan, levantan los muros del temor y del prejuicio alrededor de los arrabales en los que viven.

El coche pasa por una calle empedrada. Los cascos sacan chispitas de los adoquines húmedos.

—En nombre de la emergencia, se justifica cualquier cosa —concluyó—. Se inventan comisiones de expertos, se imponen condiciones imposibles para esos infelices. Hasta que, sin dar explicaciones, la peste pasa. Ya verán.

Parides Pietranera asiente con la cabeza. No es su primera vez. Hace tres años, cuando el cólera, dirigió el lazareto de un pueblito perdido donde se aislaba a los infectados y a los sospechosos de estarlo. Tenía veintitrés años, cursaba segundo año por entonces. Pero el único médico había huido desvergonzadamente y ningún otro se hizo cargo.

El estudiante puso el cuerpo. Morían a decenas. Los parientes abandonaban a sus muertos y, antes de que se enfriaran los cuerpos, corrían despavoridos lo más lejos posible. Vacíos, los ranchos apestados se deshacían al sol.

El médico improvisado no curaba. Simplemente, ayudaba a morir. Volvió curtido de aquella experiencia. Se le notaba en los ojos, más reflexivos de lo que es habitual en un muchacho.

Uno lo ve ahora, tan formal, tan juicioso, y parece mentira que sea el mismo que, siendo adolescente, encabezó el *motín de las naranjas* en el Colegio del Uruguay.

La revuelta empezó con el relevo, que había caído mal entre los alumnos, de un querido maestro de

Filosofía. Sobre todo porque lo había reemplazado un docente que los ninguneaba a más no poder. Se paseaba por el patio con aire de perdonavidas mientras daba golpecitos con una fusta sobre sus botas de granadero. Para colmo, era impiadoso en los exámenes. Irritante, el señor profesor.

Una mañana, mientras el buen filósofo daba su paseo, la campana sonó fuera de hora. Era la señal. Los estudiantes lo corrieron a naranjazos. La retirada fue bastante desairada. El desdichado perdió el sobre todo, el sombrero, la fusta. Y Parides, su condición de becado.

Quedó literalmente a la intemperie. Él, y otros pupilos en desgracia, se quedaron sin techo, sin comida, vagando por las calles escasas de Concepción del Uruguay. Durante dos noches, durmieron en el atrio de la iglesia o bajo los árboles de la plaza. Fue portentoso que pudiera terminar sus estudios en el Nacional Buenos Aires e iniciar Medicina después.

Ahora marcha hacia el territorio de la epidemia. Como siempre, tampoco esta vez mide los riesgos. Va porque tiene que ir.

IV

Parides alquila un cuartucho en el sur profundo, allá donde no hay ni gas, ni empedrado. En ese barrio de faroles de aceite y calles pantanosas residen varios muchachos *del Uruguay*, como él dice, aludiendo a su viejo colegio.

También Eduardo Wilde es un *muchacho del Uruguay*, aunque se fue antes de los naranjazos. Conoció en el colegio a Parides, que es como un hermano para él; un hermano menor, porque le lleva dos años.

Lo visita a menudo en ese barrio oscuro. Él también se educó en el Uruguay, pero es una excepción en ese paisaje gris. Porque, de algún modo, resplandece.

Es alto, apuesto, una barba rubia que parece sedosa. Y un andar seguro que le viene de una estirpe de innovadores. En los tiempos de San Martín, su abuelo irlandés tenía el sueño de abolir la cordillera instalando una línea de telégrafos entre el Ejército de los Andes y Buenos Aires. No le hicieron caso.

Lo cierto es que su nieto posee su mismo talento. Tiene una gran facilidad para la aritmética y la geometría. Es un torpe con un taco de billar en las manos,

pero puede prever la trayectoria de las bolas según el ángulo de incidencia con una precisión milimétrica.

La habilidad con los números le valió que el administrador del colegio lo nombrara su ayudante en la contabilidad. Cobraba un sueldito, pero compensaba el poco dinero que su familia podía enviarle. Cuando llegó a Buenos Aires, le llevó los libros contables a un platero de la calle del Comercio, un tal Archimede Carpano.

Soñaba con ser médico. Un primo le arrimó el hombro y pudo estudiar. Se moría de frío, los botones de la camisa blanca cosidos con hilo negro porque era el único que tenía. Un cartón cuidadosamente recortado disimulaba los agujeros en las suelas. Pero se recibió.

Enseguida se destacó. Eso le valió una plaza del Hospital General de Hombres, en la parroquia de San Pedro Telmo.

El hospital es una ciudad de enfermos. Un pueblo de edificios separados por callejones anchísimos amenazados por la invasión de malezas, que crecen a su antojo. En uno de ellos, se hallan los cuartuchos húmedos de los practicantes, que deben estar las veinticuatro horas al servicio de los enfermos, los médicos y las monjas que hacen de enfermeras.

En invierno, cuando sopla el viento como cuchillos, solo se ve de vez en cuando alguna monja que cruza rápidamente el descampado con su cofia de gaviota con las alas desplegadas. O un estudiante

de Medicina que acude, tiritando, malhumorado, a un llamado urgente de la guardia.

En tiempos del cólera, no encontraron un médico diplomado como interno del Lazareto de Coléricos. El que estaba a mano era un estudiante de cuarto año, Eduardo Wilde, y allí fue.

Aquellos carros que llegaban diariamente con coléricos en las últimas eran horrorosos. Los enfermos venían con diarreas imparables, dolores espantosos, calambres y vómitos. Enflaquecían en pocas horas y morían con plena conciencia de que estaban muriendo.

Hasta que la enfermedad lo tumbó. Lo supo por las arcadas y un temblor incontrolable. Se acostó en una de las camas blancas a morir. Quizá la Muerte pensó que su contrincante era demasiado joven porque lo perdonó.

Un buen día, el cólera decidió irse sin que nadie supiera bien por qué. El caso es que Wilde volvió a estudiar. El año pasado se graduó con diploma de honor. Tuvo éxito de inmediato, aunque no se lo toma en serio.

Eduardo inició brillantemente su carrera. Es médico de Sanidad del puerto y acaba de ganar una beca para perfeccionarse en Europa. Tiene que zarpar antes de septiembre. Pero ahora, rechazando esa oportunidad única, corre a encontrarse nuevamente con la Bestia.

V

Eduardo mira a Marco, que parece serio como perro en bote. Se inclina, le da ánimo con un par de palmadas en la rodilla.

Lo conoce de cuando llevaba la contabilidad de Archimede Piro, su padre. Era un adolescente granujiento que aprendía el oficio de platero en el tallercito de la trastienda.

En la vidriera había un único objeto, un copón de plata repujada que había labrado su padre en la escuela de platería florentina. El cáliz no estaba a la venta, solo permanecía allí para que al pasar la gente lo viera, lo que ocurría rara vez.

La tienda no andaba bien. El barrio era pobre, no vendía gran cosa. Ocasionalmente una pulserita con dijes para una quinceañera, un collarcito. Nada que estuviera a la altura del orfebre.

Don Archimede se había venido de Florencia con lo puesto y con lo que sabía de orfebrería, que no era poco. Su padre había sido *argentiere*, platero; su abuelo había sido *argentiere* y quería que su hijo también lo fuera.

Marco tiene las manos idénticas a su padre. Grandes, dedos largos y sensibles. Había que ver esas manos tocando suavemente la plata como si el metal pudiera sentir ese toque alado. Pulía, laminaba, calaba. Pero él quería cincelar, que es lo más difícil.

—Todavía no es tiempo —lo adoctrinaba el viejo platero—. Cincelar es un arte, no algo mecánico. Es necesario despertar el alma de la plata y procurar que el metal, no tú, encuentre la forma que quieres comunicarle. Eso exige técnica y seguridad en las manos.

Algunas noches, Marco iba al taller a escondidas. Le fascinaban los buriles, unas herramientas con forma de punzón para marcar la plata. Tenían distintas formas según el trabajo a realizar. Los disponía en fila. Agarraba uno por uno y probaba mil maneras de empuñarlos.

Hasta que un día, un suceso inesperado cambió todo. Beppe, el hermano de don Archimede, tuvo un accidente. Y Marco vio cómo su tío moría desangrado porque tenía una arteria rota y el médico que lo asistía no sabía cómo suturarla.

—Todo lo que había que hacer —le explicó Eduardo Wilde cuando se lo contó— era pinzar la arteria y coser. Una tontera. Únicamente se requería que ese medicastro fuera hábil con las manos.

Ese día, Marco comprendió que su vocación era la cirugía, esa otra forma de la orfebrería.

—¿Qué se necesita para ser cirujano? —le preguntó a Wilde, al que veía de vez en cuando.

—Ante todo, saber. Conocer los seiscientos cincuenta músculos y los doscientos seis huesos del cuerpo y las arterias y las venas, los kilómetros de caños que llevan y traen los cinco litros de sangre que circulan dentro de nosotros. Saber de memoria la anatomía es apenas el comienzo —agregó Eduardo—. Lo demás es empatía, la capacidad de conocer, de intuir, el cuerpo del otro. Un cirujano interroga el cuerpo en la oscuridad de su interior valiéndose del conocimiento que le dan sus manos y no pocas veces de la intuición.

Como el cuerpo de la plata, pensó Marco y entró en Medicina.